

PRÓLOGO

Escribía Marcel Pagnol que los verdaderos amigos de los libros son los lectores. No los escritores, sino quienes lo eligen, lo llevan bajo el brazo, lo invitan a su casa y lo leen silenciosos y en soledad en su rincón preferido. El escritor ya no está allí. El libro no le pertenece. Es el lector quien está despertando línea a línea las páginas dormidas en la materialidad de la letra impresa, haciéndolas suyas: sin escritor, claro está, no hay escritura, pero sin lector no hay libro vivo. Cada lectura es así una resurrección. Al leer esta obra antes de ser publicada, he tenido, en este sentido, el privilegio de ser uno de los primeros en animarla. Es seguro que pronto me seguirán muchos más enfrascados lectores.

Este es el destino de toda obra escrita. Aquí, el lector lo escogerá porque habla de Gredos, por la sierra misma, porque trata de montañismo, quizá su afición, porque se refiere a la historia de una montaña y una actividad deportiva o por su mismo autor, Víctor Luengo, bien conocido entre los montañeros y también estimado con agrado por otros libros suyos que siempre muestran paisajes e incitan a recorrerlos, que cuentan experiencias vitales en montañas y desiertos. O por todo ello, como es mi caso.

En esta obra, sin embargo, hay una cuestión particular que la distingue. Es también el libro de un lector. De un lector que ha animado del letargo las viejas crónicas de la exploración de una montaña y, desde esa perspectiva, las ha reordenado, pasado por su filtro personal y construido una obra que tendrá nueva expansión en la vida que le darán los renovados lectores actuales. Es un rescate y una oferta para que sigan reactivándose las viejas hazañas y sea, de este modo, entendida la sierra con mayor profundidad, con arraigo. Es un homenaje de ahora mismo

al gran tiempo pasado y, con ello, un aumento en calidad de la visión presente. Y un gozo, pues permite recorrer lo actual con sus referencias en aquel tiempo de exploración con toda la pasión que lo desencadenó. Sin la emoción y el entusiasmo fundamentales de un alpinista, pero también de un ávido lector de crónicas montañeras, no habrían tenido lugar el esfuerzo, la dedicación ni acaso la capacidad de contagio que pueden explicar el profundo sentido de una obra como esta: volver a contar sobre el terreno las historias de las que procedemos y repasar con ellas, atravesando el monte de parte a parte, un capítulo de los orígenes en el que todo pueblo, incluido el montañero, tiene su relato y su génesis.

Es un libro, por tanto, ante todo, de cien años de amor a la montaña en una parcela concreta y desde una perspectiva, el alpinismo «peñalero», que extendió pronto a Gredos su excursionismo y escaladas, afincadas con solidez en los más próximos macizos del Guadarrama. Con ello se amplió su carácter y su estilo a las exigencias y satisfacciones propias de un lugar más alto, más retirado, de orografía compleja y agreste, de abundantes formas graníticas y riscos aéreos, de crestas, torres (galayos, cuchillares, campanarios), gargantas y paredes que requerían un alpinismo acrobático o una búsqueda de sendas perdidas en soledades que solo poblaban ocasionalmente cabreros, cazadores, aparte de las monteses y algunos lobos.

Al desplegarse el siglo xx se extendieron otros tipos de visitas a la sierra, como las turísticas, con su Parador y las actividades de la Comisaría Regia, continuaron las de caza, reguladas por el Coto Real, no faltaron las de escritores, como las de Unamuno con su soberbia prosa y gran capacidad poética, o las de pintores de calidad como Martínez Vázquez y dibujantes como Prast, incluso las de científicos tan ilustres como Hugué, Obermaier y Carandell, precisando las amplias formas glaciares cuaternarias de los mayores circos y lenguas, o de botánicos prestigiosos. Las sociedades montañeras madrileñas, regionales y a ve-

ces lejanas, organizaron, apoyaron y acogieron aquellas incursiones, y también recopilaron sus relatos, legando así al futuro los documentos de esa historia. Los mejores destinos modernos de la sierra estaban casi por completo definidos. Recuperar hoy uno de ellos, valiente, generoso y sin impacto ni ambiental ni paisajístico, como el montañero, es recobrar raíces y cultura. Que no nos sobran en nuestro montañismo.

Es la otra labor. Grata y necesaria. Está claro que me gustan estos libros. En ellos se revela lo que, en lo local, siempre hay de universal. Lo primero enriquece lo segundo en cada montaña con una modalidad y lo segundo dota de significados mayores a lo primero. No se agotan en lo limitado ni se pierden en lo etéreo, sino que se nutren mutuamente de realidad y de espíritu. Lo que a Gredos concierne en esta obra va, inicialmente, desde la tolvenera que sobrecogió a Aznar en sus contemplaciones sublimes de las cumbres —aquí recogida— aún en los primeros tiempos del siglo XIX, a los «especialistas en ascensiones difíciles» (como ellos mismos se definían) ya en el arranque del XX, con Zabala, Victory, el montañismo peñalero y el del Club Alpino, para tener su ápice en el tiempo fundacional en 1933 con la ascensión al Torreón de los Galayos por Teógenes Díaz y Ricardo Rubio. Podemos considerarlo el paso del Rubicón montañero del Sistema Central, como lo fue para todo el alpinismo español la conquista del Naranjo de Bulnes por Pidal y el Cainejo en 1904. Entre estas dos fechas está escrita nuestra génesis alpinista.

El autor del libro divide la sierra en macizos que recorre de este a oeste —pienso que partiendo desde el Madrid peñalero— y mezcla sus rutas y vivencias con textos y sugerencias literarias de los autores —de aquel tiempo o de después— que regalaron al paisaje con palabras. Cuando se las escucha, el caminante por Gredos entiende mejor los significados culturales de aquellos escenarios. Por ejemplo, allí está esperándote «la montaña verde, amarilla, gris, blanca en la cumbre», descrita por Rídruejo, como para corroborar al poeta. Revive aquí, lector, los relatos y

peripecias de aquellos escaladores en su sitio justo, cerca de la imagen del risco, en sus propias palabras y trasládalos a tus propias vivencias. Desfilan por este libro, paso a paso, todas las claves de Gredos, de su paisaje y de sus retos montañosos, que son casi los mismos, y les acompañan las expresiones más bellas que, sobre ellas, sus visitantes acertaron a escribir, formando su conjunto un legado indisoluble. Y las fotografías de época nos remitirán al ambiente excursionista y de escalada de cada momento, como testimonios directos. La historia, la geografía y el alpinismo cuando se dan la mano, como aquí ocurre, dan cuenta de la verdadera montaña.

Así es mi Gredos. El que un día examiné con tanto método como entusiasmo, el de mis lecturas, escrituras, admiraciones y largas marchas, el de las agujas afiladas de la roca más bella que una primavera permitieron mi ascensión entre la nieve, el de la cumbre congelada y la pradera amable o el torrente de cristal. El Gredos que este libro, memoria y presente, me ha hecho revivir con pasión creciente. El Gredos único, de tanta felicidad, majestuosamente paciente a la espera de tu mejor mirada. Y luego, siempre, cerca o lejos, solo con recitar sus sonoros nombres renacerán en mí con emoción todos sus paisajes.

EDUARDO MARTÍNEZ DE PISÓN

INTRODUCCIÓN

Ahora, escucha tú, montaraç de alma, amigo mío y amigo, como yo, de este vivir aventurero y salvaje; que gustas de alzar tu tienda de nómada entre el fragor de la roqueda, junto al torrente mugidor; escúchame tú, camarada, á quien la alegría del amanecer sorprendió ya en la cumbre: para nosotros guarda Gredos un tesoro de belleza inenarrable: agujas inaccesibles, torreones cimeros en cuyas bendiduras habrás de sumergirte para conseguir su conquista; laderas vertiginosas de nieve en donde probar tu destreça con el piolet...

JOSE FERNÁNDEZ ZÁBALA
Sierra de Gredos

Cuando era un chaval mis padres me llevaron al Galayar y quedé fascinado: mi mente infantil imaginó que habíamos viajado a otro planeta y me enamoré perdidamente de esas irreales formaciones. Era un día muy caluroso, y descendimos veloces en el coche desde el Nogal del Barranco, ya que mi padre quería darse un chapuzón en Guisando. Yo intenté también meterme en el agua, pero su frialdad me apartó de ella inmediatamente. Mi padre me gritó desde la poza: *hijo mío Gredos es para los valientes...*

Aunque mi actividad como escalador ya hace muchos años que la abandoné, debido a un accidente, estas montañas también ofrecen un sinfín de experiencias montaÑeras a aquellos que no quieren, o no pue-